

Marco Antonio Landavazo, *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001, 357 p.*

Con el nombre de la “máscara de Fernando Séptimo” se conoce al argumento empleado por algunos insurgentes para encubrir sus intenciones de separarse de la monarquía española. Sin embargo, buena parte de la historiografía dedicada al tema de la independencia mexicana (en especial la posterior al triunfo del partido liberal en la segunda mitad del siglo XIX, pero también la obra de algunos notables académicos), ha propuesto la hipótesis de que siempre que el discurso de los insurgentes hacía referencia a la lealtad al rey se estaba empleando como una “máscara”. Es cierto que entre los historiadores académicos actuales dedicados al proceso de la independencia, casi nadie acepta esa tesis, que fuera favorita de Ernesto Lemoine, tal vez su principal defensor; pero Marco Antonio Landavazo ha visto en este tema una magnífica oportunidad para dejar en claro las cosas y, de paso, revisar el periodo desde una perspectiva novedosa.

El principal objetivo del autor es, pues, desenmascarar la hipótesis de que “el fernandismo insurgente era puramente retórico y en lo absoluto un sentimiento genuino”. En la introducción endereza lanzas contra Lemoine, quien veía como “indeseable” nada menos que al “Deseado” [p. 16], y ya desde las primeras páginas demuestra que la mencionada hipótesis es insostenible. Después de todo, como mencioné antes, son pocos quienes siguen creyendo que todos los insurgentes peleaban contra el rey al mismo tiempo

* Una primera versión de esta reseña apareció en la página electrónica H-México <www.h-mexico.unam.mx> Agradezco los comentarios que algunos colegas me hicieron.

de invocarlo. Destruir una propuesta de ese tipo no cuesta mucho trabajo, sobre todo porque es fácil mostrar las inconsistencias de una teoría totalizadora (en definitiva, el principal problema de la hipótesis de la “máscara” radica en atribuir a todos los insurgentes su empleo), así que la misión fundamental del libro que ahora reseño es construir una hipótesis alternativa más aceptable. El autor se propuso hacer esto desde la perspectiva de “ ‘la política invisible’: [...] de las representaciones colectivas, de las maneras en que una sociedad se representa su realidad política, se la imagina y reflexiona sobre ella, y los modos en que actúa y reacciona en función de tales representaciones” [p. 18], algo que el autor llama “imaginario”, aunque, a lo largo del libro, otorga diversos alcances al término, que van desde el “conjunto de ideas e imágenes” [p. 19] y de “ideas y creencias” [p. 309]¹ (lo cual tal vez acerque su punto de vista al orteguiano que sigue Érika Pani en su estudio sobre el “imaginario” también monárquico de mediados del siglo XIX²) hasta el más difuso de “la opinión o el sentimiento popular” [p. 22].³

Para conseguir este objetivo, el autor se propone realizar un análisis de los discursos políticos de la época, aunque esto no haga referencia al “análisis del discurso” cada vez más empleado por los historiadores partidarios del giro lingüístico, como lo llaman los estadounidenses. Landavazo entiende la palabra “discurso” en un sentido más tradicional, como una fuente que le permite llegar a descubrir las opiniones y sentimientos populares en torno a la figura de Fernando VII, lo que, sin duda, presenta algunos problemas, como mostraré más adelante, entre los cuales está uno que el propio autor señala, aunque no le da la importancia merecida: “no faltará quien diga que en este libro se recoge ante todo el ‘fernandismo’ de personalidades o grupos minoritarios [letrados, sobre todo] y en modo alguno el del pueblo llano. Pero tengo para mí que las ideas y creencias sobre Fernando VII contenidas en la gran cantidad de impresos de la época expresaban las opiniones que flotaban en el ambiente social” [p. 22]. Tal vez esto sea cierto,

¹ En la página 24, el autor dice: “un *imaginario* monárquico: un conjunto de ideas y creencias según las cuales el monarca español [poseía ciertas cualidades].” Todos los subrayados son míos.

² Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos – Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001, p. 23-25.

³ En la página 20 dice: “He querido saber también qué pensaban y *sentían* los novohispanos.”

en buena medida porque los impresos y sermones sirvieron para promoverlas, pero no creo que sea suficiente “tener para uno” que así fueron las cosas, sino que es necesario analizar discursos subalternos (que también los hubo) para poder, con más certeza, atribuir ideas y creencias al “pueblo llano”. Algo así ha hecho Eric Van Young con un resultado que sostiene en lo general el aserto de Landavazo, aunque también muestra que la cultura monárquica popular era distinta de la de las elites letradas.⁴

El primer capítulo es uno de los mejor logrados. Ahí, el autor muestra la importancia de la monarquía y la figura del monarca en la tradición y las instituciones políticas españolas y, en especial, en Nueva España. El rey era considerado centro y cabeza de sus reinos, árbitro imparcial y fuente de la justicia, la ley, gracias y privilegios, además de vicario divino, representante de Dios en su reino, de quien le venía el poder, sin importar si esto era de manera directa, como argüían los defensores del derecho divino o, como querían los pactistas: *potestas a Deo per populi*. La lógica seguida por el autor es sencilla y, por lo mismo, un tanto reduccionista: la exaltación monárquica de tres siglos se desbordó en la crisis de 1808, cuando los reyes españoles fueron obligados a ceder sus derechos regios a la familia de Bonaparte.

Por supuesto, fue enorme la cantidad de folletos, discursos y artículos de la prensa de la época que prometían guardar lealtad a Fernando VII y odio eterno al Corso. No faltaron quienes estuvieron dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre con tal de ver a su Deseado Príncipe en el trono que le correspondía. Landavazo supo sacar provecho de esos discursos que para un historiador más desconfiado y menos perceptivo no serían sino un mero empeño para quedar bien ante los demás. Marco Antonio Landavazo, en cambio, confía en la sinceridad de sus autores, lo cual me parece muy acertado. No obstante, hay que decir que esta sinceridad no excluye el que los autores de dichos discursos también buscaran quedar bien ante los demás o, en otras palabras, que pretendieran dotar de legitimidad a sus proyectos con el nombre del rey y aquí aparece un tema de enorme importancia que, por desgracia, Landavazo no abordó con toda la amplitud necesaria y

⁴ Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1808-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001. Un ejemplo del discurso popular monárquico lo muestra Van Young en su introducción (p. 1) de los indios insurgentes apresados en el Monte de las Cruces en noviembre de 1810.

que en esta reseña apenas puedo esbozar: la caída de la monarquía borbónica en 1808 significó la desaparición repentina del único referente de legitimidad trascendente conocido en el mundo hispánico. Los sucesos de 1808, tal como se muestra en el libro que vengo comentando, sacaron a los pacíficos novohispanos de su tradicional y seguro mundo y lo bombardearon con una cantidad de noticias como nunca antes había ocurrido. De pronto, en unos cuantos meses, los súbditos españoles de América sintieron que los meros acontecimientos podían dar al traste con una institución ahistórica, como era la monarquía. La irrupción de la temporalidad en materia política ocasionó que los publicistas buscaran, con desesperación, algo más sólido que las circunstancias que estaban viviendo para dar legitimidad a cualquier proyecto de gobierno: el nombre del rey servía muy bien para ese propósito, lo mismo que la razón, la opinión pública y la soberanía nacional algún tiempo después.⁵

Marco Antonio Landavazo supone que si “todos tributaron obediencia y respeto a Fernando VII” tras la crisis de 1808, esto se debió a la sencilla continuidad de las estructuras de lealtad monárquica enfrentadas a una coyuntura. Empero, esto no explica por sí solo por qué algunos individuos que pretendían romper dichas estructuras (unos cuantos, es cierto) también emplearon un discurso de fidelidad. Una respuesta sería que encubrieron sus intenciones con la máscara fernandina, pero ésa es la hipótesis que rechaza Landavazo. El autor hace notar con acierto cómo, salvo unas cuantas excepciones, “criollos y peninsulares, autonomistas y sostenedores del *statu quo*, conspiradores y lealistas, indios y españoles, pueblos y ciudades” declararon, en público, su reconocimiento al Deseado [p. 51], pero también a otros valores que se consideraban buenos y plausibles, como la religión, la unidad y la patria. Quentin Skinner ha señalado cómo, incluso los ideólogos más revolucionarios, cuando se enfrentan a la necesidad de legitimar sus intenciones, deben mostrar que los términos aceptables también pueden describir sus actos, que de otra manera serían criticables.⁶

⁵ Cfr. Elías José Palti, “La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio de las formas de discurso político)”, ms. cortesía del autor.

⁶ Quentin Skinner, “Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action”, en *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, James Tully (editor), Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 97-118.

Landavazo muestra cómo Dios, el rey y la patria eran voces por las cuales bien valía la pena esforzarse [p. 209-221] y, por lo tanto, podían justificar las intenciones de quienes dijeran pelear por tan importantes valores. No quiero decir con esto que los infidentes emplearan de mala fe la máscara de Fernando VII, tal como acusarían los realistas. Líneas antes apunté que uno de los más importantes aciertos de Marco Antonio Landavazo es confiar en la sinceridad de los autores que estudia, aunque me parece que en ocasiones confunde la sinceridad con la veracidad y las declaraciones de lealtad al soberano con las intenciones de quienes las hicieron. Abordaré ahora la primera confusión, que puede apreciarse en los capítulos dos y tres, y dejaré para más adelante el segundo asunto, que tiene que ver de una forma más directa con la “máscara fernandista”.

Lo primero que llama la atención de los capítulos segundo y tercero son sus títulos, de manera respectiva el lenguaje y el contenido de la lealtad, como si fueran cosas distintas. Ya mencioné que Marco Antonio Landavazo otorga a la palabra “discurso” un sentido tradicional, como fuente que nos permitirá conocer la historia y no como hechos históricos mismos. A esto se debe que el autor considere a los muchos manifiestos, sermones y folletos como testimonios veraces, sin importar, como él mismo reconoce, que sean “excesivamente aduladores” [p. 59]. De ahí que nos hallemos con mucha frecuencia en el libro referencias a que la sociedad novohispana, pese a ser diversa, estaba unida en un sentimiento “universal” o que las muestras de apoyo al rey preso se presentaron en todos lados. Por lo menos, según parece, hacen falta algunos matices a esas afirmaciones. No se puede dudar que los autores de los discursos que Landavazo estudia creyeran, en efecto, que las manifestaciones de lealtad en todos lados eran unánimes, pero eso no significa que así fueran. El caso de los donativos voluntarios es muy claro: en los documentos empleados por nuestro autor como fuentes (casi todos del ramo *Donativos y préstamos* del Archivo General de la Nación y las *gacetas*) se muestra, de manera casi invariable, que las donaciones eran espontáneas, porque dichos escritos también tienen una intención política que el autor parece ignorar. Una búsqueda en otro tipo de documentación mostraría, tal vez, más quejas por parte de los contribuyentes. No me detendré en los casos de conspiradores que, una vez descubiertos, alegaban ser fieles al rey, o a los presos que decían estar dispuestos a pelear por su

monarca, que Marco Antonio Landavazo incluye entre las muestras de fernandismo, cuando me parece claro que estos hombres buscaban obtener su libertad o, incluso, salvar su vida; pues también podían ser sinceros en cuanto a su lealtad. Creo que el autor tiene razón: los documentos que estudia no son una máscara que pretendía encubrir una verdad oculta, pero se equivoca al considerarlos fuentes transparentes que descubren los hechos y las ideas tal como en realidad eran. Los discursos no son un medio para objetivar nuestro tema de estudio, sino que ellos mismos son nuestro tema de estudio, en especial cuando hacemos historia de ideas y, tal vez, de creencias.

En términos generales, esta confusión con respecto al carácter de los documentos es el problema más serio que tiene el libro que vengo comentando. Incluso asegura que la *Historia de la Revolución de Nueva España*, escrita por Servando Teresa de Mier en Europa, es un testimonio de la universal fidelidad a Fernando VII en 1808 [p. 82], cuando Mier no hacía sino consignar las noticias que le llegaban en *gacetas* y otros documentos, por no haber estado presente en el virreinato.⁷ Tanta confianza en sus “fuentes” lleva a Landavazo a creer en la objetividad de sus autores. Incluso, se le puede aplicar el aserto de Charles Hale acerca de Leopoldo Zea: es difícil saber “si está parafraseando a los pensadores del siglo XIX o presentando su propia interpretación.”⁸ Un ejemplo claro es cuando el autor afirma que “un signo inequívoco de la peculiaridad de las proclamaciones regias de 1808-1809 fue visto en el benigno comportamiento que, por intercesión divina desde luego, tuvo la naturaleza en los días que duraron las fiestas” [p. 103]. Por supuesto, el lector espera que se trate de una paráfrasis, pero no es tan seguro. Lo mismo podría decirse de las muchas veces en que afirma que las demostraciones de aprecio al monarca preso alcanzaron “niveles inusitados

⁷ En general, hay una mala lectura de la obra de Servando Teresa de Mier, como cuando al referirse a la justificación pactista de la independencia, Landavazo considera que “sus padres” (quienes signaron el pacto) eran los reyes [p. 171], y no sus “padres los conquistadores”, como aclara Servando en otros testimonios: *Escritos inéditos*, edición de José María Miquel i Vergés y Hugo Díaz Thomé, México, El Colegio de México, 1944, p. 184, 470; *Historia de la Revolución de Nueva España*, 2 v., Londres, Guillermo Glindon, 1813, v. 2, p. 574; *Fray Servando Teresa de Mier*, selección y prólogo de Héctor Perea, México, Cal y Arena, 1997, p. 480-557.

⁸ Charles Hale, “The History of Ideas: Substantive and Methodological Aspects of the Thought of Leopoldo Zea”, *Journal of Latin American History* III:1, 1971, p. 68, *apud* Elías Palti, *op. cit.*

de éxtasis” [p. 112] y que lo sucedido en una villa se repetiría “en toda la Nueva España” [p. 113, de nuevo, el subrayado es mío].

La otra confusión del análisis discursivo que hace Marco Antonio Landavazo a la que me he referido, es la que supone que las manifestaciones políticas de 1808 en adelante tenían como objetivo aclamar al Deseado y reconocerlo como único soberano. No digo que no lo aclamaran y reconocieran, pero muchas de ellas tenían otros objetivos, entre los más urgentes, proponer medidas para enfrentarse a la crisis política. Es curioso que Landavazo se refiera al caso de la conjura de Julián de Castillejos, a la cual estoy dedicando un estudio particular, pues parece claro que en su proclama y en otros papeles que dio al *Diario de México* incluye algunas condicionantes que muestran de una forma clara sus intenciones: debía romperse el vínculo entre Nueva España y la Península, si ésta caía en manos de Napoleón, como en efecto sucedía. Se guardaría fidelidad al rey, aunque también parecía muy difícil que Fernando VII recuperara su trono. Un pasquín de la época afirmaba que “Fernando Séptimo a España ya no vuelve”,⁹ mientras que tiempo después José María Morelos y otros insurgentes reconocían que el rey de España “ya no existe.”

Esta confusión entre los argumentos y las intenciones de los autores se halla también en el análisis que hace Marco Antonio Landavazo del discurso realista de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador. Landavazo supone que en distintos años este notable autor criollo (quien necesita, por cierto, una biografía) “expresó ideas totalmente contrarias sobre el mismo tema” [p. 229], a saber, si la soberanía es de la nación, como manifestó en 1810, o del rey, tal como aseguraría después de la abolición de las Cortes. No se trata de “esa suerte de ‘ambigüedad primigenia’ de la que habla el profesor [François-Xavier] Guerra”, pues en realidad no hay contradicción en las intenciones de Fernández de San Salvador: en ambas ocasiones buscó deslegitimar la causa insurgente y argumentar a favor de la dependencia con España, una España que entre

⁹ Los versos decían: “Fernando VII a España ya no vuelve/no por él pelean los gachupines./Si por de Indias el mando y sus domines/que es lo que su valor agita y mueve”: *Breve colección de canciones insurgentes, pasquines, fábulas, sonetos y otros romances ejemplares*, presentación, selección y notas de Mauricio Cardona, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

1810 y 1814 no tenía un rey presente y que, por lo mismo, había buscado alternativas para erigir un gobierno. Después las circunstancias en la metrópoli cambiaron, de manera que ya no se hacía necesario referirse a la soberanía nacional, pues se recuperó la del monarca.

El capítulo cuarto, dedicado al fernandismo de la insurgencia, presenta una clara exposición acerca del sentimiento de lealtad que muchos insurgentes tenían por su soberano. En definitiva, bien podía quererse la independencia al mismo tiempo que proclamar a Fernando VII, como mostraría, en 1821, el Plan de Iguala. Sin embargo, Landavazo reconoce la existencia de testimonios que sostienen que al menos algunos de los principales jefes de la independencia sí empleaban la famosa “máscara”. De nuevo, se echa de menos un más riguroso empleo de los documentos; pues el autor sólo dice que no desconoce

la ya famosa carta de Ignacio Allende a Hidalgo fechada en agosto de 1810 — citada por vez primera, si mal no recuerdo [*sic!*], en la biografía del cura de Dolores escrita por Luis Castillo Ledón — en la que el primero refiere una reunión de conspiradores en Querétaro en la que, según Allende, se había decidido “obrar encubriendo cuidadosamente nuestras miras [...]” [p. 161].

Landavazo, para favorecer su causa, pudo haber señalado que esta carta es de origen muy dudoso y tal vez resulte apócrifa, pues —en efecto— el primero en transcribirla es Castillo Ledón, pero sin indicar su fuente.¹⁰ Ernesto Lemoine la incluyó después en una colección de documentos (que es donde la leyó Landavazo) y da por toda referencia que el original se halla en el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia,¹¹ aunque sin precisar el ramo ni si el archivo al que se refiere es el que se hallaba junto al Castillo de Chapultepec o si se trata de alguno de los fondos de la biblioteca del Museo de Antropología. La vaguedad de la noticia es inquietante por dos razones: las referencias de los otros documentos publicados en el libro son muy exactas, indican archivo,

¹⁰ Luis Castillo Ledón, *Hidalgo. Vida del Héroe*, 2 v., México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948, v. 1, p. 165.

¹¹ Lemoine, *La Revolución de Independencia, 1808-1821. Vol. 2. Testimonios, bandos, proclamas, manifiestos, discursos, decretos y otros escritos*, v. 4 de *La República Federal Mexicana. Gesta-ción y nacimiento*, México, Departamento del Distrito Federal, 1974, p. 35.

ramo, volumen y fojas, y en una publicación posterior Lemoine da como fuente de la mencionada carta la obra de Castillo Ledón, sin recordar, al parecer, que la había visto en algún archivo del INAH.¹² Comprendo que no es en una reseña el lugar donde debo referirme a las inconsistencias de la famosa carta de Allende (es más, me gustaría saber que el manuscrito sí existe), pero Landavazo no debió haber dejado pasar la oportunidad de hacer un poco de crítica documental, al menos en este caso, que hubiera resultado benéfico para su causa.

Así, el autor reconoce que, después de todo, algunos líderes insurgentes sí empleaban la “máscara de Fernando Séptimo”. Allende, Hidalgo, Cos y Morelos estarían en este grupo. En cambio, es casi seguro que Ignacio Rayón mantuvo su lealtad al rey, pese a considerarlo un “ente de razón” en una carta enviada a Morelos. Muchos dirigentes menores de la insurgencia estarían en el mismo caso, aunque no estoy muy seguro de que prueba de esto sean las expresiones de lealtad monárquica que aparecen en la correspondencia privada de algunos de ellos (como afirma Landavazo al referirse a unas notas de Julián Villagrán y Antonio Basilio Zambrano [p. 162]): después de todo, también pueden interpretarse como guiños y no como un tic nervioso, si se me permite parafrasear a Clifford Geertz. Es, por cierto, respecto al fernandismo de Ignacio Rayón, que Marco Antonio Landavazo presenta una de sus aportaciones más valiosas: puede admitirse que la invocación insurgente al nombre del rey era, en parte, un ardid para ganarse adeptos (como afirman los defensores de la hipótesis de la máscara), también evocaba las revueltas propias del Antiguo Régimen e inclusive tenía algo de “un legitimismo monárquico ingenuo”; pero, sobre todo, porque representaba un principio de orden [p. 178]. Por desgracia, el autor no desarrolló mucho este tema – que retoma en las conclusiones – pues ahí radica, según me parece, la importancia del casi sacro nombre de Fernando VII: era un asidero trascendente en medio de la temporalidad histórica que estaba irrumpiendo en la política.

El capítulo cinco, “El fernandismo de la contrainsurgencia”, tiene entre sus muchas virtudes señalar que el origen de la tesis de la

¹² Lemoine, *Morelos y la Revolución de 1810*, 3ª edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, p. 186. La primera edición es de 1979, sólo cinco años después de que publicara la carta con la referencia del archivo del INAH.

“máscara fernandista” de la insurgencia fue una invención realista, para desprestigiar a sus oponentes; de la misma manera como los independentistas acusaban a sus adversarios de hipócritas, cuyo dios era el dinero, según afirmaba Miguel Hidalgo. Sin embargo, de mayor importancia es el señalamiento que hace Marco Antonio Landavazo acerca de que la fórmula trinitaria de “Dios, el rey y la patria” fue empleada, en la época, como un común denominador que parecía poner en segundo lugar las diferencias entre los grupos sociales y políticos, de modo que podía emplearse para fomentar un discurso de unión [p. 210], algo que prefigura otra fórmula trinitaria de gran éxito en 1821: la del Plan de Iguala.

Uno de los problemas al que se enfrentaron los insurgentes tras 1814 fue que se quedaron sin el argumento fernandista para seguir peleando, lo cual les fue echado en cara por los realistas: si en efecto peleaban a favor del rey, debían cesar su lucha, pues éste había regresado al trono. Por supuesto, no faltaron argucias para mantener la insurgencia: como el supuesto “afrancesamiento” del monarca o la disolución de las Cortes. Marco Antonio Landavazo también afirma que “la insurgencia había venido radicalizando sus prácticas políticas y su discurso ideológico desde 1813” [p. 258], lo cual explicaría por qué el desenmascaramiento, por llamarlo así, no implicó una pérdida de seguidores ni la rendición inmediata de los independentistas. Esta hipótesis ya había sido expresada por Jaime del Arenal, quien, sin embargo, matizó su aserto al recordar que desde el principio del movimiento hubo algunos republicanos, de la misma manera en que muchos permanecieron monárquicos hasta el final.¹³

El retorno de Fernando a su trono y la pretendida restauración del *statu quo* anterior a 1808 también marcó el inicio de la desacralización de la monarquía. Es verdad, como señala Marco Antonio Landavazo, que fuera de los insurgentes radicalizados, todavía persistía una enorme lealtad al rey en muchos novohispanos [p. 267]. No obstante, empezó a bajar el entusiasmo. Las celebraciones públicas para honrarlo, por ejemplo, no fueron tan espléndidas como las que se habían hecho durante su ausencia; lo cual tal

¹³ Jaime del Arenal, “Modernidad, mito y religiosidad en el nacimiento de México”, en *The Independence of Mexico and the Creation of New Nation*, edición de Jaime E. Rodríguez O., Irvine y Los Angeles, University of California, Los Angeles, Latin American Center Publications–Mexico/Chicano Program, 1989, p. 238-239. Por cierto, en este artículo Jaime del Arenal también cuestiona la “máscara de Fernando Séptimo”.

vez pueda indicar que, si entre 1808 y 1814, Fernando VII había sido tan apreciado, quizá se debía a que no se hallaba presente. Era fácil atribuir bondad, justicia e inocencia al Deseado, cuando todavía no había tenido oportunidad de actuar como monarca. Por eso, se difundió tanto la creencia de que si había abdicado en Bayona, toda la culpa era de Manuel Godoy y, por supuesto, de Napoleón. En cambio, en 1820, tras el restablecimiento del régimen constitucional, era más problemático atribuir la disolución de las Cortes de 1814 a los malos consejeros y ministros. Por supuesto, así se hizo; pero Landavazo no deja de advertir que el “imaginario” fernandista se estaba fragmentando.

El Plan de Iguala, pese a cobijarse en el llamado hecho al rey, permitió que se formara un movimiento en el cual, sin perderse el monarquismo, se abría la posibilidad de que fuera otra persona —además de Fernando VII— quien se coronara emperador de México. Los publicistas realistas no dejarían de señalar que el movimiento trigarante se atrevía a condicionar la fidelidad al rey, pues se le exigía que viniera al país y se sujetara a la representación de una nación que apenas estaba naciendo [p. 300]. Muy pronto, el héroe de Iguala sustituiría al Borbón en las esperanzas de muchos de sus compatriotas.

Para concluir, el autor señala de una manera explícita cuál es su postura respecto de la famosa tesis de la “máscara de Fernando Séptimo” y cómo debe entenderse, a saber, como un medio por el cual los insurgentes deseaban “restaurar un orden social en peligro” [p. 311] y no como un mero recurso retórico, vacío de contenido. Es cierto que en sus conclusiones, Marco Antonio Landavazo se muestra menos combativo que en su introducción, donde parecía que su propósito era demoler la tantas veces reiterada hipótesis de la máscara, pero sin duda se muestra más certero en sus afirmaciones. Es una verdadera pena que las generalizaciones sin matices a las que recurrió con tanta frecuencia quitaran muchas virtudes a su trabajo.¹⁴ Al comienzo de esta reseña afirmé que la hipótesis de que todos los insurgentes empleaban la famosa “máscara” podía ser derribada con facilidad por ser tan totalizadora. Landavazo co-

¹⁴ Un ejemplo de esto aparece en las mismas conclusiones [p. 312]: “la insurgencia [¿toda?] se había deslindado de la figura del rey desde 1813”, y con esto ignora que muchos insurgentes siguieron empleando el discurso legitimista fernandino, aun después de esa fecha.

re, en muchas de sus afirmaciones, el mismo riesgo. Para terminar, el autor nos regala una breve relación de cómo fue vista la figura de Fernando VII después de que rechazó el Tratado de Córdoba: desde las infidencias de Bernardino del Espiritu Santo, obispo de Sonora, hasta las pocas y más bien acres referencias a la muerte del soberano español en la prensa mexicana de la república federal.

Alfredo ÁVILA

Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM